

RECUERDO Y DESPEDIDA

La última vez que vi a José Luis, al ver su cuerpo muerto, me vino a la memoria una frase de la novela unamuniana *Niebla* en la que Orfeo, viendo a su amo muerto, se pregunta: «¿Dónde estará aquello que en él hablaba y soñaba?». Allí estaba su cuerpo muerto, pero ya no estaba su espíritu, su sí mismo. Ese sí mismo que con tanto cuidado él había ido construyendo a lo largo de su vida, en ese intervalo entre el nacimiento y la muerte. Ya no está entre nosotros. Su presencia de otras veces, hoy es ausencia, vacío.

En estas breves palabras de recuerdo y despedida me gustaría hacer presente entre nosotros ese su sí mismo, que ya no estaba en su cuerpo muerto, pero que era el que hablaba con nosotros, el que pensaba, el que escribía sus libros, el que amaba. Y ello porque todos nosotros, que le conocimos vivo y le tratamos conservamos ese sí mismo en nuestra memoria. Esa es una de las grandes cosas de nuestra memoria, que conserva el pasado y en él muchas cosas que ya no son. Voy a hacer un breve ejercicio de rememoración, de conmemoración, trayendo al presente el sí mismo de José Luis. ¿Cómo recordamos cada uno de nosotros ese sí mismo? Yo simplemente voy a reconstruirlo como yo lo recuerdo.

José Luis era un experto en fotografía. No sólo era un buen fotógrafo, sino un gran intérprete de las imágenes fotográficas. Algunos de los momentos que vivimos juntos y que conservo almacenados en la memoria son espléndidas lecturas de imágenes fotográficas. Era un maestro de la interpretación fotográfica. Me gustaría no decepcionarle en este «pie de foto», que estoy poniendo a la imagen de su sí mismo en ausencia.

El otro rasgo del sí mismo de José Luis era eso que Pascal llamaba «espíritu de fineza». Era un sí mismo delicado, amable y con un cierto tono de ironía, que como decía el filósofo Kierkegaard, es signo de inteligencia.

Su profesión fue la educación. Fue maestro, inspector y catedrático de didáctica. Un científico de la didáctica; pero sin olvidar nunca aquello que Platón enseñaba en su *República*: que la más importante de las tareas políticas del hombre es la educación, la paideia. Una educación que mira a la formación del hombre, que es un animal político. Es decir, un animal que ha nacido para «convivir» y que tiene que ser educado para que esa convivencia no se torne en violencia. En la vida política no deben tener cabida los mitos; el hombre como animal político tiene que ser

educado en la virtud y sobre todo en esa virtud suprema que para Platón era la sabiduría.

Y finalmente tengo que llegar al amigo. José Luis era un buen amigo. Un amigo como aquellos a propósito de los cuales Aristóteles escribía en su *Ética a Nicómaco*: «Cuando los hombres son amigos, ninguna necesidad hay de justicia, pero, aun siendo justos, sí necesitan la amistad». Y como buen amigo alegraba nuestras veladas con una conversación amena e ilustradora.

Hoy ya no está aquí y no volverá a estar. La muerte le ha colocado del otro lado del velo que separa a los vivos de los muertos, y le ha transformado totalmente en pasado. Mientras vivimos tenemos presente, pasado y futuro. La muerte nos transforma totalmente en pasado y cierra eso que llamamos esperanza. Ya no podemos esperar volver a hablar con José Luis, pero aún nos queda un recurso: el de la rememoración.

Los griegos llamaban Leteo (olvido) al río de cuyas aguas bebían los muertos para olvidar el pasado. Nuestro recurso contra la muerte es precisamente la lucha contra el olvido. Hemos perdido la esperanza de volver a ver a José Luis, pero seguiremos luchando contra el olvido para que su sí mismo vuelva a estar entre nosotros. Y para decirle adiós a José Luis voy a pedir prestados unos versos al poeta Blas de Otero:

No cuando muera he de callar. Que muerto,
El silencio inmortal será en mi boca,
Pero lo haré estallar como una roca
Gigante, estando Dios al descubierto.

Con todo el tiempo –oh eternidad– abierto,
Lo inasidero viendo que se toca,
¿cómo no ha de gritar mi rabia loca,
mi ansia de asir un sueño ya despierto?

Gritaré como grita Dios: hundido
En el silencio horrible de la vida,
En el clamor salido de la muerte.

Ábreme. Ábreme, que vengo herido
Y moriría, oh Dios, si por la herida
No saliese, hecha voz, mi ansia de verte.

Cirilo Flórez Miguel